

Camino al delito (Cap III)

Daniel Vasquez Salas



Capítulo 1

III

Mi tía dejó el almuerzo hecho y se retiró a su trabajo. Las azucenas en la mesa me hacían compañía, mis canes, el cuadro de mis abuelos. Me pregunté si todo esto era real o un sueño, o el capricho de algún gusano leviathan. El horario rutinario que más me hacía palidecer: observar el sol iluminar mi día a día, las voces estridentes de los vecinos, ellos como hechos de barro, sobre áridos pasadizos en conexiones arbitrarias hacia algún lugar; bultos con ropas, con ojos, rapiñando cuencas de otros. Ladrillos descompuestos sobre techos, alambres viejos como manivelas, gatos sobre paredes lluviosas, un gran surco donde atraviesa cajas de transporte. Pueblos jóvenes, señoras desconfiadas, ancianos en desidia. En cada calle el peligro disipando la asfixia.

Adrián me llamó muy temprano. Llevaba un par de horas despierto, bebiendo café, repasando algo de la exposición que debíamos presentar. Debía tener todas las notas aprobadas al final del ciclo. Y si me quedase, pasar un verano sin pensar en los estudios era muy alentador para finalizar bien. Dejar en casa constancia de buen desempeño.

—Llega temprano, carajo. No te vamos a esperar, harás la exposición principal. El profesor te admira en secreto.

—Sí, claro, como yo a él. —todos de alguna manera me hacían ver una gran pantalla de esperanza, película de terror al lado de Claudia, una oportunidad.

—Estudia en el camino, Daniel, te necesitamos. Mano, tú eres el mejor.

—Basta.

Me despedí de Rina y Bobby, crucé la puerta para saludar a los carachosos y callejeros con mi mirada. Había un dingo cerca a la avenida, parecido a Rina pero macho, tenía un pelaje limpio cuando lo conocí, a las semanas estaba sucio y demacrado, me reconoció mi mirada y mi olor. Me pregunté, “esto era todo, entonces, esto significaba vivir”, debía abandonar la universidad y lo que me esperaba no era lo que la gente espera para sus prósperos reconocimientos. Yo era otro perro como mi manada. Vagabundeando por años sin hogar. Un perro sucio escuchando las cajas negras parloteando homicidios, atracos, violaciones y demás aberraciones bajo el alba. Hoy me producía náusea el discurso democrático atacando toda actividad ilícita, ondas violentas de adolescentes, rostros forajidos en la pantalla; voces inquisidoras en los desayunos, uniformes, libros, colegio: respetar el Estado de derecho, Lima azotada delincuencia, que debemos acatar a la ley, los valores, la familia,

la humanidad.

“Basta de esta mierda”, cogí el bus hacia la estación, voces estridentes. “Basta de todo esto, no puedo más”, pensaba rendido, con el cuerpo hecho pedazos sentado deseando que pasen los veinte minutos de trecho. “Qué voy a hacer, ahora. No tengo dinero, tampoco.” El repiqueo de los autos en movimiento, palomas sobre los cables, los montículos de basura. Luego, la cola para iniciar el tren, los chalecos amarillos, los otros minutos de espera. “Acaso no tengo otra opción que acostumbrarme”.

No podía vivir así, me sentía amargo de todo el tiempo que he perdido y perderé más adelante. No disfrutaba de mis lecturas favoritas desde algún tiempo, lo único que me libraba del tedio. No lo podía disfrutar. La caminata de la avenida Wilson hacia su paralela veintiocho de julio, sentía que en cada paso yo escapaba de mí mismo, que algo muy profundo de mi vida se iba de mis manos; las caras diarias de gente sin corazón, abatidos, sonriendo al mañana. Año atrás leyendo a Walter Benjamin y no se equivocaba en su lapidaria frase: la humanidad, que antaño, en Homero, era un objeto de espectáculo para los dioses olímpicos, se ha convertido ahora en espectáculo de sí misma. Su autoalienación ha alcanzado un grado que le permite vivir su propia destrucción como un goce estético de primer orden.

Trastocaba como música en mi cabeza y otras canciones lapidarias también, luego, el monumento de piedra empolvado, la muca de acero entre los patos del parque, el gentío impotente, los garabatos sobre el castillo del Mali. La atmósfera húmeda y gris, las casas y negocios a cada paso que debía pasar, los orgullosos estudiantes y los trabajadores. “Por aquí marchamos la última vez con Diego y los muchachos”. La Universidad donde estudia Viviana, rostros desconocidos en camino al aburrimiento, “espero se encuentre bien luego de la maldita denuncia”, imaginándola ingresando, su cabello azul, su nariz respingada, esa sonrisa que expresa tanta vitalidad. Pude ver la sombra de campo de marte. Recordé la acampada como protesta a las medidas del ex alcalde Castañeda, “aquí conocí a Diana, Eddy y los demás, como estarán todos.”

La lenta espera al semáforo del cruce en veintiocho de julio con Petit Thuoars, líneas de cebras, zapatos, tacones, piernas. El banco al frente del parque, y el de seguridad armado. Le miraba, era el mismo siempre. “Algún día te lo arrebataré.” El viento me traía el odio desde el este donde se levanta el sol. Más cuerpos, uniformes, faldas, institutos, la mujer harapienta sollozando limosnas. Juguerías, carretillas, el hotel cuatro estrellas, restaurantes, la zona de imprentas, el negocio de internet. Arlin jugando, Freddy chismoseando. “Los extrañaré, amigos.”

Adrián estaba en la puerta de la universidad, vestido con su casaca de cuerina, su cabello con gel limpiecito y su cara de inseguridad.
—Habla, mano. ¿De verdad vas abandonar la universidad?

—Sí, no tolero muchas cosas.

—¿Y qué vas hacer?

—No sé, no tengo planes. No tengo ni puta idea que hacer pero no quiero seguir aquí. —Los hombres de seguridad vigilándonos. Más cuerpos, profesores, alumnos, cristales rotos, el techo agujereado, descendiendo, náuseas.

—No te vayas, Daniel, haremos todo lo que quieras. Quién va joder a los profesores.

—Quisiera quedarme, Adrián.

Martín cercenaba su cuerpo en la puerta, brazo apoyado, tras él vi al resto. Clase de economía II.

—Traje todo completo, Martín.

—Bien, manito.

—Siempre llegando tarde. Somos los mejores.

—¿Arlin? ¿Dónde está Arlin? Me dijo que ya estaba aquí. —Preguntó Martín inmóvil esperando inmediata respuesta.

—Sí lo dijo, sí lo está. —Agregué. —Quizá no está aquí en el aula.

—Estará imprimiendo su presentación.

—¡Mierda! ¡Debo hacerlo yo también! ¡Que se joda esta clase, ya vuelvo!

—Espera, Daniel. —Adrián me siguió, sentí sus pisadas. Descendimos los cuatro angostos pisos.

—Debo presentar el trabajo.

—No que te vas de la universidad. Mentiroso. —Un pequeño temblor.

—No lo sé, depende de las circunstancias, tío. Pero no dejaremos de vernos, eh.

—Nunca, pe'. —Gracias, amigo.

—Eres de los pocos que saben escuchar y pensar, tío.

—Aprendí muchas cosas de ti, como a joder a los profesores.

—Eres bastante emocional. No dejes de sentir esos sentimientos, Adrian.

—Konny volvió con ese muchacho de quinto ciclo.

—Déjala, te dije, solo quiere llamar tu atención.

—Allí está Arlin. —Señaló a la fotocopista.

—Ese mierdita, fotocopando las tareas, seguro de la Lucero.

—Pídele antes que venga, rápido. —Saludé bruscamente a Arlin.

—Dame, tío, rápido. —Me sonrió —otra impresión exacta, por favor, señorita

—Dicen que te vas a ir de la universidad, Daniel.

—Sí, no sé exactamente, pero sucederá. ¿Tú? ¿Cuándo vas a decidir estar con Lucero?

—Ja,ja,ja. No se lo digas. —No sé que más le decía Adrian a él.

—Ya acabé. Vámonos.

—¿Y qué vas a hacer a partir de ahora?

—No lo sé. No me importa.

—¿Cómo que no te importa?

—Quizá me mate o robe un banco.

—Este tipo está loco, Adrian.

—Déjalo, él podrá hacer algo o se morirá.

—No quiero hablar de esa mierda. Estoy muy abstraído.

Abandonaría a la banda de amigos de la universidad. Los chicos más malos e inteligentes. Nunca nos hacía problema aprobar, ni beber, ni fumar. Todo lo teníamos fácilmente. Adrian carecía de la agudeza de análisis que yo pretendía en el grupo. Era más de acatar y memorizar. Pero tenía la mejor presencia y buen desenvolvimiento que encantaba a los profesores y a las chicas. En las borracheras solía decir que su mamá es colombiana y su padre respetado en su barrio, lo decía con el fin de infundir alguna idea lumpe, quizá. Conmigo era insistente como Claudia que me exigía puntualidad, algo que nunca existió en mí. Arlin tres años menor, como él, les agradaba oír mis historias en las protestas, movimientos sociales, peleas policíacas, algunas citas de filósofos, y especialmente cuando retaba o burlaba de los profesores.

—Señores, estas no son horas de llegada.

—Perdón, profesor, hemos tenido un atasco muy grave en Lince. Somos de allí. —Adrian propinó una defensa incesante.

—Sí, profesor. Debe haber un reporte, seguro. Hubo un atasco terrible, no compañero Arlin.

—Sí, profesor. —Dudaba el chico.

—A sus sitios, por favor. —El tonto de lentes con cara de pato se la creyó.

—Que feo es este profesor. —Adrian siempre con el ego levantado.

—Economía —le susurré. —Voy a citarle a Smith y Marx.

—Hazlo, hazlo.

—No, cagado. Ya no, Adrian. Me voy. —Me quedó mirando.

—No te vas a ir.

El otro miembro de la pandilla basura es Martín, él le otorgó tal oficialidad. Un chico que se podía ver su inteligencia, de la misma edad que yo, talentoso en rap, conocía el ambiente político social donde me desenvolví. También leía a Nietzsche, fue nuestra primera conversación año y medio atrás, en las clases de filosofía. Como siempre, intervine a la tesis de la profesora en su primera clase, citaba a Platón demasiado. Ella, una colombiana católica confesa, vestida de monja, un bastón muy anticuado, cabello corto perfectamente limpio, anticipé que nadie había escuchado tal filósofo: —Profesora, Nietzsche dijo que el mundo ideal no existía. Por lo tanto, su ética muere en el cielo.

Martin, a seis compañeros delante mío apoyado sus brazos a su banca apostillada a la barra de madera me miró con esos ojos cuando quiere hacer un trance de droga. Su pelaje de moreno y cabello color negro y cara blanca le daban brillo a sus ojos que parecían siempre estar delineados con ese maquillaje que mamá solía usar. Se erizó al escudriñarme. “Buen muchacho”.

—Míralo a Freddy, Adrian. Se ve que no entiende ni mierda, está volando.

—Sí, ja,ja,ja; está con su cara de huevón.

—Estudia, mierda. —Arlin a mi izquierda.

—Calla, basura. —Los serenos muchachos de adelante giraron cuarenta y cinco grados hacia nosotros.

—Atiende, mano. —Petrificó su mirada. Arlin me apreciaba, también me veía como su aliado, como alguien a que acudir en ciertas materias. Dudo que esos chicos hayan olido maldad en mí. Aquellos aires de montañas vislumbraría mucho después. El cuchillo en el pecho, “mierda, Claudia, qué diría de esto”.

—Está bien. Está bien. —Qué será de ustedes, pero estarán bien, mejor que yo, de hecho. Quiero largarme.

—Hoy es probablemente el último día que me veas, Arlin. Te me cuidas, no dejes de leer. Eres inteligente.

En la universidad vendíamos algunas drogas a muchachos de otras carreras, Martin no era un dealer como mis amigos que conocería después, tenía amigos del oficio, tenía la tienda a su servicio, como él decía: “manito, tengo todas las cremas, ácidos, lsd, extasis, pastillas multicolores, cocaína, anfetaminas y la mejor marihuana de Chorrillos”. Nos retirábamos angustiados por ser los primeros en hacer los trabajos, competíamos entre nosotros, al principio, era evidente, éramos los más listos en clases y también lectores de Nietzsche, Schopenhauer, y algún otro maldito desahuciado. Conversaciones reflexivas luego de las clases, fumar hierba, en la Universidad aprendí a fumar hierba, como decían otros amigos graciosamente. Divagábamos en las avenidas, con unas chelas, en las sombras, en los jirones de Plaza San Martín: teoría del derecho, recientes leyes en el diario “El Peruano”, algunas leyes del pasado, una futura tesis, sobre cárceles, drogas, delincuencia y anarquismo individualista, literatura nihilista, un poco, muy poco aquellos días. Disfrutaba su compañía como de Adrian y Arlin.

—¡Como que te vas a ir! ¡No te vas a ir, conchatumadre! Es otra de tus quejicas melancólicas existenciales. —Martín daba en el orificio ensangrentado.

—Me largo, tío, me largo, esta vez no bromeo.

—Pero por qué, exactamente. —Tenía la pipa cargada. —Ven, fuma, fuma mierda, te hace falta fumar.

—No es eso, putamadre. Es también por el dinero en casa. No quiero trabajar.

—Ja,ja,ja; vago de mierda, es por eso. Puta, manito. Al hecho, pecho.

—Pecho y cuchillo. No voy a trabajar y peor por estudiar derecho.

—Es fácil y lo sabes muy bien. Depende de ti.

Las tiendas atosigadas, el cuadro de las calles acosadas de transeúntes ausentes, emborrachar a los compañeritos tranquilos y nuestras amigas simpáticas. Una puta vida tranquila, pensaba, pensaba demasiado y no podía vivir. Pensaba en los mensajes de Claudia hace unos meses, mis leves sospechas. El eclipse inevitable la obligaba a actuar como ella no solía. El fondo de la tarde se oscurecía, una docena de mujeres en los barrotes de Ciudad de Dios vendiendo sus cuerpos. “Por qué me imagino esta mierda”, luego ella, entre toda esa maldad multitudinaria, con su minifalda, su carne bajo la penumbra, su tristeza profunda.

—¿Cómo vas con tu flaca?

—No me va pasar esta mierda, la tuya tampoco, eh. Si te pasara.
—A mi nunca me va pasar esto. Daniel, tú no puedes. Yo sí puedo, mírame. Más limpio y ducho que nunca.
—Que bueno, mano. Me da pena esta mierda.
—No tomes esa basura de pastillas. Esa mierda es lo peor.
—El doctor me ha recetado, no puedo dormir, tengo insomnio por días. Mucho estrés.
—Esa mierda elimina lo único que eres tú. Apaga toda tu personalidad. Te lo digo de experiencia.
—Lo voy a dejar, créeme. Tengo sueño. Nos veremos pronto, llámenme.

Ya estaba en secretaría solicitando mi ausencia temporal en el cuarto ciclo que llevaba. Aldo era el único que me esperaba dentro de la sala.

—¿Lo tiene bien pensado, joven? —El instructor jovenzuelo coqueto con las chicas. Parecía que el mundo le iba bien a él.

—Sí, profe. Es por motivos de salud, tengo una infección agravada y gastritis. Trabajaré y proseguiré el siguiente ciclo.

—Firme aquí, por favor. —Sonreía siempre, sus dientes pequeños, el desgraciado.

—Gracias, hasta luego, profe. —Sentí que respiraba mi desprecio. Adrian me seguía hablando de Konny, de otra chiquilla, de Ana, de Claudia.

—Este mundo no es para mí. No es para nadie. Miren a todos estos patéticos. Necesito largarme un tiempo. Puede que cambie de carrera.

—Sí, Daniel. Cámbiate a periodismo. Eso es lo tuyo, te gusta la literatura y la filosofía.

—Quizá. Voy a pensarlo. —Proseguía animándome, que sí, opte un cambio. Que me van a extrañar. Quién va joder a los profes y tanta cháchara y locuras que pasamos.

—Debo irme, si no duermo temprano, me va a joder esta mierda, Adrian. Vuelvo la próxima semana. —Imaginé palabras de Martín: este hombre, que deprimente es.

—Bajas a mi barrio, cuando puedas, Daniel. El quica te espera, la gente.

—Gracias, pensé, Adrian.

Me largué, aliviado, del edificio de la Universidad, hacía frío, el viento de otoño iniciaba desde los polos, golpeaba contra mi cara, me obligó a detenerme bajo los árboles del parque, recordándome que dejaba atrás años de sueños. Pedía a gritos interiores poder disfrutar de algo, algo tan simple como una familia normal, una novia segura de mí, palabras triviales al anochecer, obsequios cada fin de semana, tortitas de mamamarci, una mesa grande y vasta de comida y conversaciones superficiales. Mamá cocinando, esmerada de terminar mi carrera profesional. Fumaba apoyando en un árbol, bloques de piedras, escaramuzas del gentío y sus ruidos; deseando sentir su fantasma de mamá, miraba una madre y su hijo pasar, tan despreocupados. Lo imaginaba tétricamente y no podía. Unas frías lágrimas, otras bandas de militares apuntando a los indios. Hordas de muchedumbres asesinas.

Intenté concebir la idea de suicidarme, pero no tenía suficiente satisfacción con la idea, no podía aún. El mismo sabor de desolación y desamparo que se avecinaba en mi cara, cuando a los seis años contemplaba las blancas sábanas de nieve sobre la montaña que se vislumbraba desde la casona de mi abuela. Mamá no estaba, tenía cuatro años, no podía dejarme más de cinco minutos en un lugar extraño. El sol candente que compensaba el frío, los paisanos yendo con sus animalitos a las chacras, sus túnicas, sus ponchos coloridos, las polleras y los niños. Mamá regresaba, me cargaba, "mi bebé, por qué lloras, me he ido solo unos minutos. Mamá, mi chico me quiere mucho". El tío Guillermo visitándonos con la Jimena, aún viva. Mi tía esperaba un abogado en la familia. "Detesto esta putrefacta sociedad", subiendo al carro. La gente alborotada seguía, los veía tras la ventana, estudiantes, trabajadores municipales, ambulantes, buses.

"¡Al carajo toda esta mierda!", pensaba aturdido, caminaba de esquina a esquina de mi cuarto bebiendo cervezas. "Carajo, ahora que haré", me hablaba y mi voz se perdía entre el bullicio de la música, melodías Pink Floyd que escuchaba en España, me traían el olor que desprendía los invernaderos cerca mi departamento, los colores de los migrantes en cada esquina, los viajes con mi familia, cuando era adolescente, cuando era niño. "Volveré a ser niño", me tumbé a la cama. Bobby en los pies, Rina en mi pecho. "Volveré a ser niño, sí, volveré a la niñez eternamente".